ra, la gran ciudad que no duerme nunca produce su eterno murmullo. Y la señora de Bernard volviendo á su idea fija, piensa que en alguna parte de aquel gran París su hijo está en los brazos de una querida, de una mujer á quien ama más que á ella. Y ocultando el rostro entre las manos la pobre madre llora amargamente.

Es la ley de la naturaleza. El pajarillo ha cobrado fuerzas, sus plumas han brotado, sus alas tiemblan. Ansioso de libertad se acerca al borde del nido y á pesar de los gritos de su madre desesperada, vuela, vuela.

X

Han pasado los días y las semanas y sigue siendo la misma la dolorosa situación entre la señora de Bernard y Armando.

En la apariencia han hecho las paces. La segunda vez que ella le vió acercarse con los brazos abiertos, no tuvo valor para rechazarle. Se dan el beso de la mañana y el de la noche.

Pero para uno y otro este beso es un suplicio. Ella no puede evitar un extremo de repugnancia al contacto de los labios de su hijo, creyendo encontrar en ellos y encontrando positivamente el gusto de las caricias de «la otra», de la mujer á quien

odia tanto. Algunas veces necesita contenerse para no limpiarse la cara. En cuanto á él, cuando besa á su madre ya no siente el grato y cordial calor de antes, en aquel rostro pálido, en aquella mejilla insensible que se le presenta en ademán forzado, casi resignado.

La señora de Bernard no habla ya á su hijo de sus amoríos. No pronuncia nunca el nombre de Enriqueta. ¿Por qué? ¿Por pudor de mujer, por orgullo maternal? Quizás también por cálculo. Teme irritar al joven, aumentar aun la desunión nacida entre ellos; cree más prudente callar y tener paciencia. No le habla nunca de eso, pero él sabe que no piensa en otra cosa, que piensa sin cesar, y en todas las palabras de su madre cree encontrar un doble sentido, y descubrir una alusión ó una ironía.

Hay un momento sobre todo penoso.

Por la noche, después de comer, á la misma hora en que tuvieron la primera explicación. La señora de Bernard se sienta á su eterno bordado, y sin levantar los ojos de su trabajo, dice á Armando con voz ahogada en que se mezclan el temor y el ruego:

—¿Sales?

Él contesta muchas veces:

—No, mamá.

Porque ha espaciado sus citas con Enriqueta. Sí, ha tenido ese valor. Ha dado por razón á su humilde amiga que lo acepta todo y consiente en todo, sus estudios de derecho descuidados desde que la conoce y la necesidad de preparar su examen.

Pero la señora de Bernard parece no agradecer á su hijo esta concesión, que él sin embargo, cree heróica, y demuestra encontrar muy natural que permanezca en casa.

Por otra parte, no tienen nada que decirse y se limitan á cambiar algunas palabras sobre cosas insignificantes. Aquella conversación de la que está desterrada la confianza, es un esfuerzo, casi una molestia.

Al cabo de media hora Armando acaba por decir:

—Adiós, mamá, voy á estudiar.

Ella le presenta su mejilla de mármol, y él se retira á su habitación lleno de fastidio.

Pero como Enriqueta está ocupada todo el día en casa de Pamela, no puede verla más que por las noches y muchas veces á la temible pregunta «¿Sales?» tiene que contestar: «Sí.» Su madre entonces exhala un suspiro que le mortifica, y él se va sabiendo que la deja solitaria y desolada, y acusándose de ser un mal hijo.

El pobre muchacho no era sino un enamorado. Desde que llegaba á la cita, desde que distinguía á Enriqueta corriendo hacia él bajo los pórticos y sonriendo de lejos—fuerza es decirlo—todo lo olvidaba. No vivía más que por las horas adorables que pasaba cerca de su joven amiga. Al pronto por no inquietarla no la había dicho nada de su disentimiento con su madre. Pero dos amantes verdaderamente enamorados ¿pueden guardar mucho tiempo un secreto el uno para el otro? Un día que Armando tenía el corazón muy lacerado lo contó todo á Enriqueta.

La joven quedó consternada. La lucha entre ella y la señora de Bernard le parecía demasiado desigual. Recordaba con terror aquella madre imponente, aquella hermosa dama de mirar severo á quien había ofendido después de todo, y que debía de tener tantos medios de reducir á su hijo á la obediencia y de vencer á la

infeliz muchacha. Ciertamente, Armando protestaba de su constancia y juraba amarla siempre, á pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, no hablaba nunca de su madre, sino con gran ternura y profundo respeto. Ella tendría siempre sobre él mucha influencia y acabaría un día ú otro por decidirle á una ruptura. Al pensar esto Enriqueta se sentía morir. ¡No ver más á Armando! ¡Perderle! Esto sería para ella como si se extinguiera el sol.

A pesar de todo ocultaba sus temores y se esforzaba por presentarse siempre á su amante con el rostro placentero. ¡Además él era tan bueno, tan cariñoso!

Poco á poco se tranquilizó. Por fin una prueba decisiva—la ausencia—la permitió medir la extensión de su dominio sobre el corazón de Armando.

Era á principios de agosto. El estudiante acababa de sufrir con éxito su segundo

examen de derecho y había llegado la época en que la señora de Bernard y su hijo, debían, como todos los años, ir á pasar tres meses á los Trembleaux, posesión importante que tenían en la Mayenne.

Las dos mujeres esperaban con ansiedad la hora de la separación. Era para la madre un motivo de esperanza, para la querida de inquietud.

—¡Si la olvidase!—pensaba la una en un minuto de sombría alegría.

—¡Si me olvidase!—se decía la otra con el corazón oprimido por los sollozos.

Armando poco á poco había ido preparando á Enriqueta para su partida. Era tan cruel y tan duro para él como para su querida renunciar á las entrevistas deliciosas en el asilo de su amor, á los encantadores paseos en la hospitalaria bondad de las noches estrelladas. ¡Y qué largo será este destierro! ¡Pero el hijo sumiso no po-

día dispensarse de acompañar á su madre y después de una velada de despedida, en que cambiaron ardientes promesas y vertieron dulces lágrimas, partió Armando!

¡Oh! ¡Cómo se aburre y se entristece la pobre Enriqueta en este París seco y abrasado de la canícula, con las calles casi desiertas, las casas mudas y ciegas! ¡Qué monótono, qué fastidioso es el insoportable día de trabajo en aquel taller cuya atmósfera es la de un baño ruso, donde las obreras sudando cantan en coro á media voz una estúpida y cansada romanza de café-concierto!

Hoy, sin embargo, la griseta no tiene prisa por marcharse después de la comida. Nadie la espera bajo los pórticos. ¡Oh! ¿Dónde está ahora su «querido»? ¿Qué hace? ¿Piensa en ella?

Para volver á su casa toma aún el camino más largo, el que seguía del brazo de

Armando, *su* camino. Pero ha perdido todo su encanto. ¡Antes le parecían tan bellos, con el sol poniente, la decoración triunfal de la plaza de la Concordia, el gran río corriendo bajo el puente monumental, la ancha esplanada dominada por el gigantesco casco de oro de los inválidos! Ahora aquel largo camino no representa para ella más que fatiga.

Al cerrar la noche, pasa por delante de la casa donde ha vivido las únicas horas de su existencia. Se detiene un instante levantando los ojos hacia los postigos cerrados de *su* cuarto. ¡Ah! Las almas del Purgatorio deben mirar de igual manera delante de la puerta cerrada del Paraíso. Le parece que hace una eternidad que partió Armando, y sin embargo—si, los cuenta con los dedos—no hace más que ocho días. ¿Cuándo volverán á subir juntos besándose por aquella obscura escalera?

¿Cuándo se encerrarán con doble vuelta en «la habitación del oficial superior» como la llamaba en broma Armando, repitiendo la frase de la portera? ¿Cuándo volverá á ver el mueble de terciopelo encarnado con veletes de crochet y el Galileo del reloj que señala una esfera terrestre con su dedo de zinc dorado? ¿Cuándo contemplará en las paredes en sus marcos picados de moscas la *Víspera de Austerlitz* y la *Despedida de Fontainebleau?*

Cuando se encienden los mecheros de gas se pone en marcha. Algunas veces un joven teniente, de paisano, que viene de la Escuela militar y baja á París á caza de aventuras, acorta el paso al cruzarse con la gentil muchacha; pero al ver sus ojos tan tristes pasa de largo sin intentar la aventura. Y Enriqueta continúa su camino por las calles desiertas, donde el viento cálido de tempestad hace correr y

girar en torno suyo las primeras hojas secas, tan melancólicas, del precoz otoño de París.

La joven se agostaría y acabaría por caer enferma de pena, si todas las semanas no recibiese una carta de Armando. No puede dirigírsela á su casa por su tía; pero todos los domingos Enriqueta, que tiene el día libre, corre á buscar su carta, su querida carta, á la lista del correo delante del Pequeño Luxemburgo, y va en seguida á leerla al jardín. ¡Ah! Los horteras con traje dominguero que pasean por allí, pueden señalar riendo á la linda muchacha, absorta en su lectura. Enriqueta no se ocupa de ellos. Andando lentamente bajo los castaños medio despojados, á lo largo de las terrazas florentinas, delante de las reinas de mármol, lee una y veinte veces las cuatro páginas donde el amado ausente le prodiga todas sus ternezas.

Aquella carta, cuyas palabras todas acarician su corazón, es el sostén, el viático de la pobre joven. La guardará en el corsé toda la semana y la leerá todas las noches antes de dormirse.

La gran dificultad es contestar. Desde el Luxemburgo Enriqueta vuelve á su casa, y por la tarde, mientras su tía se instala en un extremo de la mesa de comer, prepara el papel, saca la botellita de tinta, escoge una pluma nueva, la moja entre los labios, medita un rato y no sabe qué decir. Ya no tiene tanta vergüenza por sus faltas de ortografía. Armando le ha dicho tantas veces que le hacían gracia, como todo lo que procedía de ella! Pero no sabrá nunca inventar como él esas lindas frases, esas maneras tan graciosas de decir: «Te amo.» Así, las primeras líneas de su respuesta son siempre torpes y premiosas. Pero luego se deja llevar del

sentimiento, escribe á su amante como si estuviera allí y le hablase, y entonces al correr de la pluma encuentra sin sospecharlo imágenes sentidas y agradables giros de estilo. Por ejemplo, un día que Armando, casi celoso en su destierro, le pregunta con inquietud: «¿Eres verdaderamente mía?» ella contesta elocuente de pasión: «Soy tuya, amado mío, como lo sería un cuchillo que tuvieras en el bolsillo, propio para matar á un hombre ó para mondar una fruta.»

¡Qué feliz sería si supiese hasta qué punto Armando, allá en los Trembleaux, languidece y sufre privado de ella! Porque también el fiel muchacho cuenta los días y las horas. Por Enriqueta se aisla y rehusa todo lo posible ir á las fiestas de los castillos vecinos, donde su madre quisiera que fuese. Con el recuerdo de su querida amiguita se encierra en la antigua biblio-

teca y pasea delante de los estantes polvorientos ó vaga tardes enteras bajo los álamos solemnes del gran parque. Porque Enriqueta está lejos no gusta de aquel hermoso paisaje y aquella antigua vivienda que traen, sin embargo, á su memoria los más dulces recuerdos de su infancia; porque Enriqueta está ausente, el gracioso castillo del Renacimiento, cuya elegante fachada se mira en un estanque donde nadan dos cisnes, parece á Armando lúgubre y sombrío como una prisión rodeada de fosos.

En cuanto á la señora de Bernard, sigue desgraciada y pensativa. Armando tiene con ella toda clase de miramientos, pero comprende que piensa siempre en su querida, que aquella ausencia no ha cambiado ni poco ni mucho el estado de su corazón, que la enemiga no está vencida. La madre celosa está desesperada. Mu-

chas veces, hablando con su hijo, ha tratado de abordar de nuevo este enojoso asunto ó aludirle al menos, pero entonces Armando se ha encerrado en un silencio respetuoso y suspicaz y únicamente se ha puesto encarnado y ha bajado los ojos.

Entretanto septiembre ha llenado las huertas de frutos maduros. Las uvas se han dorado en sus parras. Llega octubre con sus brumas matinales. Pasa y desaparece. Ya los árboles tienen hojas amarillas. Una mañana se presentan las lluvias de todos los años, las lluvias de otoño, pesadas y frías.

La señora de Bernard no tiene ya razones que dar á su hijo para retenerle en el campo. Va á comenzar el curso de la Escuela de derecho. Es necesario regresar á París, volver á la habitación del muelle Malaquais.

Al día siguiente del regreso vuelve á comenzar la lucha sorda.

Al levantarse de la mesa, la señora de Bernard se sienta á su bordado.

—¿Sales?

—Sí, mamá.

Su hijo sigue siendo el amante de Enriqueta. ¡Cómo la odia!

XI

Pero hoy no se trata de amores. Armando está enfermo, gravemente enfermo! Armando está en peligro de muerte!

La enfermedad le ha atacado seis semanas después de su vuelta á París. La señora de Bernard recuerda perfectamente que desde algunos días antes parecía inquieto, excitado. Empezó por quejarse de jaquecas, por llevarse á cada momento las manos á la frente, como si le pesara demasiado.

—¿Qué tienes?—le preguntaba asustada su madre.—Estás arrebatado de color. Eso no me gusta. No es natural.

Pero él contestaba sin preocuparse:

«¡Bah! Esto pasará.» Sacudía su hermosa cabellera, como para desechar el mal, y á pesar de las observaciones reiteradas de su madre, continuaba saliendo por las noches para ver á Enriqueta.—¡Oh, esta mujer!—y eso con las calles húmedas y el tiempo lluvioso de diciembre.

Por fin una mañana—¿no había vuelto después de media noche el pobre muchacho?—llamó al amanecer á Luis el ayuda de cámara y le dijo haciendo un esfuerzo para hablar:

—He pasado mala noche. Decididamente estoy enfermo... Vaya usted á buscar á mi madre. Tengo sed, tengo fiebre... Me duele mucho la cabeza...

Avisada inmediatamente la señora de Bernard, se puso á escape un peinador y corrió al lado de su hijo. Tenía el rostro muy encendido, la frente ardorosa y temblaba debajo de la ropa, castañeteando

los dientes, sacudido por estremecimientos continuos.

¡La fiebre tifoidea! ¡Si fuese la fiebre tifoidea! Precisamente en estos momentos reina en París en estado epidémico. La señora de Bernard recuerda haberlo leído en los periódicos, y es particularmente temible en las personas debilitadas: ¡Si fuera esto! ¡Dios mío, si fuera esto!

La señora de Bernard se lanza á las campanillas y pone toda la casa en movimiento.

—¡Leontina!—grita á la antigua criada de confianza que llega abrochándose el vestido.—Leontina, pronto, tome usted un carruaje... Vaya usted á buscar al doctor Jorly. ¡Qué venga en seguida, en seguida!

Y permanece allí, impotente, sin saber qué hacer, mirando á su hijo que esconde la cabeza debajo de la almohada y exhala grandes suspiros de sufrimiento.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, se presenta Leontina seguida del médico á quien ha tenido la suerte de coger en el momento en que iba á subir al carruaje para ir á su hospital.

Es un viejo práctico, de maneras metódicas y un poco anticuadas que escribe solemnemente al comienzo de sus recetas: «yo aconsejo» y no deja nunca de terminar sus fórmulas sin las tres letras cabalísticas M. S. A. *(misce secundum artem)*. Pero es famoso por la seguridad de su diagnóstico, y por su ojo médico.

Se sienta al lado de la cama quitándose los guantes con lentitud, toma el pulso al enfermo, le interroga, le examina y luego se levanta diciendo con voz tranquila y serena:

—Otras peores he visto. Ya curaremos esto.

Pero su serenidad es ficticia y cuando

vuelve la cabeza, la señora de Bernard observa que frunce el ceño. Le lleva con ansiedad á la habitación inmediata.

¡Oh! ¡Qué horror! ¡Es lo que ella temía! ¡Es la fiebre tifoidea! El anciano y prudente médico se vé obligado á confesarlo á la madre en interés del enfermo, para que no prescinda de ninguna precaución. Y la enfermedad, según dice, se declara con estremada violencia. Luego redacta sus prescripciones y promete volver después de algunas horas.

Y durante diez días, diez días espantosos y mortales, la fiebre aumenta, el enfermo se debilita. Y el termómetro que su madre le pone de hora en hora bajo el sobaco—¡oh pobre joven! el menor movimiento le fatiga—el implacable termómetro marca siempre espantosa elevación de temperatura. Treinta y nueve grados. ¡Cuarenta! ¡Cuarenta y uno! ¡Y más allá

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

será la muerte! ¡Pero esos médicos son asnos! ¡No saben nada! ¡Hasta el doctor Jorly, en quien la señora de Bernard tenía toda su confianza! ¿Y si se equivocase? ¿Si careciera de prudencia ó de energía? Visita al enfermo muchas veces al día y presenta cada vez un aspecto más sombrío y receta su eterno sulfato de quinina. ¡Dósis enormes! ¿Si fuese demasiado..? ¿ó no fuese bastante? Ese tratamiento por los baños fríos de que tanto se habla, que ha hecho milagros según parece... ¿por qué no lo ensaya el doctor? La señora de Bernard quiere ver otros médicos, llamar en su socorro las celebridades, como si dijéramos, los primeros espadas.

Llegan en sus elegantes carruajes tres á la vez envueltos en grandes gabanes de pieles. Y la madre desolada quiere ver brillar la llama del genio en sus ojos fatigados, en sus tristes caras de sábios:

quiere adquirir confianza mirando la roseta que llevan en el ojal y recordando sus rimbombantes títulos de profesores y académicos, y sus nombres conocidos en toda Francia. Pero cuando están en presencia del enfermo, espía y descubre en sus rostros esa ligera mueca, ese gesto casi imperceptible que ya conoce en el doctor Jorly y que la hiela los huesos. Los médicos pasan gravemente al salón para consultar entre sí, y ella muriendo de angustia escucha detrás de la puerta el murmullo confuso de sus voces. ¡Virgen Santísima! ¡Si pudieran declarar en aquel momento que Armando no está en tan grave peligro, que responden de su vida! ¡Ah, qué gozo! Sería cosa de morir de alegría. Pero no. Reaparecen con sus fisonomías de esfinge impenetrable, y no consigue de ellos más que frases insignificantes: «Hay que aguardar.» «¡Se puede produ-

cir una reacción favorable!» y algunas frias palabras de esperanza. Miseria de miseria. ¿Es que su hijo va á morir?

Porque está cada vez peor, bien lo conoce. Los accesos de delirio son continuos.

En aquella habitación sofocante y apestando á botica, la señora de Bernard pasa días de veinticuatro horas, siempre despierta por el espanto, á la cabecera de aquella cama que parece exhalar un vapor de fiebre y en la que el enfermo se agita y gime débilmente. Las noches sobre todo son terribles. Doblada en un sillón por la fatiga y el dolor, la pobre madre trata algunas veces de orar, porque desde el principio, en presencia de su hijo en peligro, la corsa ha encontrado en el fondo de su alma todas las devociones italianas de su infancia. En Santo Tomás de Aquino se dicen todos los días muchas misas por la salud de Armando, y Leontina corre

sin cesar todo París para hacer quemar cirios ante todos los santos especiales en todos los altares privilegiados. Pero ni votos ni novenas han dado ningún resultado, y la señora de Bernard que en aquel mismo momento pasa distraidamente entre los dedos un rosario bendecido por el Papa, siente en el corazón impulsos de rebeldía y de blasfemia.

Algunas veces cuando el enfermo se tranquiliza reina en la habitación fúnebre, apenas iluminada por la luz de una lamparilla, un silencio lúgubre y profundo. Sólo el viejo péndulo de Sajonia que está sobre la chimenea, hace oir su palpitación rápida. Tic-tac, tic-tac, tic-tac. Y la señora de Bernard le escucha maquinalmente. ¡Qué deprisa anda el tiempo! ¡Cómo corren los segundos! ¡Cómo se precipitan! ¿Y hacia qué objeto desconocido? Tic-tac, tic-tac, tic-tac. ¿Quién les espera en la cita hacia

la cual galopan tan ardorosamente? ¡Si fuera la muerte!

Pero de repente la señora de Bernard se levanta. Su hijo se acaba de mover un poco, y ha dejado oir un leve quejido. Se inclina sobre él ansiosa con toda la angustia, con todo el cariño de madre.

—¿Cómo estás, Armando? ¿Tienes sed, hijo mío? ¿Qué quieres?... Dilo... Te lo ruego.

El enfermo con el rostro demacrado, la boca reseca, la nariz afilada, abre los ojos que miran sin ver, los ojos aumentados desmesuradamente por la fiebre y desde el fondo de su delirio, en un murmurio apenas perceptible, en una especie de suspiro donde aún hay ternura, pronuncia un nombre de mujer:

—¡Enriqueta!

La señora de Bernard ahoga un grito de furor. ¡Enriqueta! ¡Aún piensa en esa

Enriqueta! La ve en su pesadilla y la llama en su agonía Pero si él muere, ella tendrá la culpa. ¡Sí, ella, la... la crapulosa, la libertina, la perdida que se ha apoderado de este miserable niño por los sentidos, que le ha vuelto loco, estenuado de amor y que le ha entregado débil, sin fuerza, sin aliento á la peste que pasaba! Los médicos lo han declarado. La enfermedad ha encontrado en Armando un terreno muy favorable. Estaba anémico, exangüe cuando cogió la fiebre. A no ser por esto, estaría ya en convalecencia, curado, salvado. Y ella, la madre, había de oir á su hijo moribundo llamar á esa Enriqueta. ¿No hacía esto hervir la sangre? ¡Oh, mujer maldita! ¡Infame que ha muerto á su hijo!